

UNA MIRADA PSICOSOCIOPOLITICA DE LA CORRUPCION

Olga Leticia Marin

Universidad Nacional de San Luis

RESUMEN

Se realiza un análisis de la corrupción, especialmente, su desarrollo en el contexto sociopolítico argentino. Se presentan datos de estudios empíricos que dan cuenta del impacto objetivo y subjetivo del fenómeno. En el marco de una sociedad caracterizada como anómica, se analiza la relación entre las estructuras institucionales, el modelo neoliberal y una cultura transgresora, como facilitadora de la extensión de las prácticas corruptas. Se presenta, brevemente, algunos mecanismos psicosociales que permiten, que amplios sectores de la población, construyan defensas frente a las agresiones del sistema.

ABSTRACT

This work deals with an analysis of corruption, specially how it has developed in the Argentine sociopolitical context. Data from empirical studies on the objective and subjective impact of the phenomenon are put forward. Within the framework of an anomic society, the relationship among the institutional structures, the neoliberal model, and a transgressive culture which facilitates the spreading of corrupt practices is analyzed. Some psychosocial mechanisms that extensive sectors of the populations use to develop defenses against the aggressions of the system are briefly set forth.

Una consecuencia socio cultural, que deriva de la habituación a las prácticas corruptas, en las sociedades contemporáneas, es interpretar que la corrupción es un fenómeno universal y, por lo tanto, es preciso aceptarlo como inevitable. Esta *naturalización* se observa en la trivialización que se hace de la ilegalidad e inmoralidad: *ocurre en todos lados, ya no queda gente honesta, aunque roben, al menos hacen algo*. Estos comentarios, que forman parte del discurso cotidiano de los ciudadanos, pueden contribuir a que se dejen de observar a estos hechos como desviaciones éticas e inclusive delitos que hay que repudiar y sancionar y, en consecuencia, se los vea

como algo que surge de manera *natural*, frente a lo cual nadie puede hacer algo para corregir la situación.

Son varios los estudios realizados, que reflejan que la corrupción es uno de los principales problemas que le preocupan a la gente, sin embargo se acepta que es difícil de combatir. No se puede dejar de pensar, como veremos más adelante en el caso argentino, que esta preocupación puede formar parte de un discurso de deseabilidad social ante un fenómeno que se inserta en una cultura transgresora. Una cultura que facilita la trivialización de estos hechos, porque forman parte de un particular estado anómico por el que transita la sociedad.

Acerca de algunos datos empíricos

En Argentina, a comienzos de 1990, como en la actualidad, los medios de comunicación y las conversaciones escuchadas en distintos ámbitos, reflejaban una gran preocupación por la corrupción que penetraba y se extendía en las esferas de la actividad pública, tanto nacional como de nuestra comunidad de San Luis. Esto se producía en un marco de agudización de los problemas económicos y sociales de la población. Sin embargo en esos años todavía no se experimentaban los efectos más profundos de los cambios estructurales derivados de la aplicación de las políticas económicas y financieras del modelo neoliberal impuesto por los grandes centros financieros internacionales.

En aquel momento, nos interesó estudiar las diferentes dimensiones actitudinales que la comunidad de San Luis tenía frente a la corrupción. En ese sentido analizamos la percepción del fenómeno, las ideas, los sentimientos y las disposiciones conductuales ante los hechos que, sobre ese tema, se iban denunciando a diario¹.

Se trabajó con 150 hombres y mujeres de edades comprendidas entre los 18 y 60 años y con un nivel económico social medio. La muestra estaba formada por empleados administrativos, profesionales médicos y abogados, estudiantes y docentes universitarios y de nivel medio. En la composición de la muestra se tuvo en cuenta que quienes la integraran no estuvieran afiliados a un partido político, dado que nos interesaba evitar el posible sesgo en los resultados a partir de un apoyo u oposición al gobierno provincial o nacional. Se utilizó un cuestionario *ad hoc* de nueve ítems, unos presentaban distintas alternativas de respuestas y otros de respuesta abierta. Los ítems fueron presentados en un nivel metaperceptual, es decir se utilizó como recurso metodológico lo que los encuestados creen que piensan y siente la *gente*, proyectando así en *los otros*² sus propias ideas y sentimientos.

En ese estudio el 100% de los sujetos señalaba que “*la gente cree que hay corrupción*”, lo cual es un indicador gravísimo de la insalubridad social. Se comparte la idea que es un problema fundamentalmente ético y se manifiesta en el área económica, política y administrativa. Existe la sospecha que la corrupción prospera igualmente en los ámbitos de los gobiernos nacional y provincial, incluida la policía como institución altamente sospechada de efectuar prácticas corruptas.

La Universidad es la institución que en menor porcentaje se percibe como corrupta, sin embargo, figura con un 39% nada despreciable. Desde hace un tiempo, como confirmación de esa imagen de la gente, en algunos claustros universitarios se han descubierto actos ilícitos, como falsificar notas de alumnos a cambio de dinero, o llanamente vender títulos universitarios. Sin embargo, aún hoy son tratados como hechos aislados que no ponen en tela de juicio la reserva ética que la universidad representa para la sociedad.

Otro aspecto interesante es que mayoritariamente la gente asocia la corrupción al ejercicio del poder y a los niveles de toma de decisiones. Frente a ello, se refleja mayoritariamente un sentimiento de falta de control sobre el que se estructura una actitud fatalista. Ante la imposibilidad de modificar la situación, la única alternativa es la salida individual, “*irse del país*”, expresan los jóvenes; “*alentar a los jóvenes para que se vayan del país*”, dicen los adultos, que ven imposible, en sí mismos, esa posibilidad de fuga.

La falta de confianza en la participación y en las acciones colectivas, se ve reflejado en que el 80% de la muestra atribuye a la gente un sentimiento de impotencia, es decir, que no se puede hacer nada frente a la corrupción. Creen que la gente está desesperanzada, siente *rabia* y la expresa con palabras o con actos anómicos. Como parte de esta actitud fatalista, el 50 % de los entrevistados introducen una visión pesimista y depresiva de la realidad, al decir que “*la gente cree que el país se hunde sin remedio*”.

En otra sección de la investigación, se les pide a los sujetos que ordenen ocho situaciones de mayor a menor corrupción, de acuerdo a su propia evaluación y ya no metaperceptualmente. El ordenamiento resultante responde a lo socialmente esperable. En los primeros lugares se sitúan, el funcionario que recibe una comisión ilegal para que una empresa gane una subasta, el que teniendo autoridad tolera actos corruptos en sus subordinados, el que acepta un soborno para llevar adelante un ilegal y aquel que ofrece un soborno para lograr un objetivo. El último nivel de corrupción se le atribuye a la persona pobre que promete apoyo, compromiso de voto, a varios partidos políticos simultáneamente, a cambio de prebendas. Aquí el

hecho corrupto parece atenuado por la condición de pobreza, enmarcado en un relativismo ético, ya que seguramente la misma acción en otro contexto sería calificada de corrupta. La mayoría de la gente percibe, la relación dialéctica entre los dos miembros, corrupto/corruptor, que participan de la acción³.

Si definimos la corrupción como la utilización del poder público para el beneficio personal o de grupos que funcionan corporativamente, entonces, la corrupción es un hecho fundamentalmente político. Se presenta ligado a la vida política de un país, allí donde esta actividad se articula con la ética. Para el hombre de la calle forma parte de la realidad mediática. Hombres y mujeres aceptan lo que le muestran los medios, sin valorar, muchos de ellos, las consecuencias que este actuar delictivo tiene sobre su realidad inmediata y sobre los destinos de toda una sociedad. El enfoque psicosocial que adoptamos, nos permitió no sólo acercarnos a las implicaciones que este fenómeno tiene en la vida de nuestra comunidad, sino también ver la resonancia psicológica que tiene en las personas.

Más recientemente, en el curso del año 1998, la consultora Sofres Ibope, realizó 500 entrevistas a hombres y mujeres que viven en la ciudad de Buenos Aires. Pudimos conocer sus resultados parciales a través de una síntesis que publicó el diario *La Nación*. Este estudio permite concluir que para el 73% de los entrevistados *la corrupción se agravó mucho en los últimos cinco años*. La idea básica es que si bien la corrupción siempre existió, nunca alcanzó los niveles actuales. El 64,6%, frente al 5,1% en el año 1997, compartió esa idea, aunque el 33,1% atribuyó la sensación de agravamiento a una mayor disponibilidad de información sobre el tema –juicio éste que no deja de ser cierto, aunque no le resta gravedad a los hechos.

Otro aspecto de este estudio, que es interesante mostrar, se relaciona con el grado de importancia que la gente le atribuye a la corrupción. Entre los problemas generales más importantes del país, se destaca la corrupción, después del desempleo y los bajos salarios, y un 41,4% sitúa en el sector público de actividad la mayor deshonestidad. Este nivel de corrupción en el Gobierno y en el sector público se menciona como factor de riesgo–país, señalándose que, *el ciudadano medio sitúa la corrupción entre los principales problemas tanto objetivos como subjetivos*.

Pero también en el mundo de los negocios privados, los empresarios manifiestan su preocupación por este fenómeno. La primera encuesta de fraude y corrupción que realizó la filial argentina de la consultora internacional KPMG, en el año 1998, abarcó un total de 240 empresarios de primer nivel, seleccionados entre las 1500 empresas más importantes de la Argentina, de los cuales uno de cada dos reconoció que en su empresa se produjo

un hecho ilegal el último año y nueve de cada diez empresarios opina que tales hechos van a aumentar o mantenerse en el mismo nivel. Otra conclusión señala que dos de cada tres empresarios opina que hay más fraude y corrupción en la Argentina que en los demás países del mundo. Sin embargo, el estudio comparativo que esta consultora realiza entre varios países del mundo, da cuenta que la preocupación de los empresarios locales es compartida por sus pares de todo el mundo, incluyendo los países con niveles de corrupción aparentemente más bajos, como EE.UU., Holanda, Canadá, etc., dónde, a diferencia de Argentina, existen sistemas de control internos más eficientes, que facilitan la prevención y el descubrimiento de tales hechos. En relación a las causas, el comentarista del matutino mencionado destaca el consenso generalizado entre los empresarios locales –*coincidente con las creencias del hombre común según nuestras propias observaciones*– sobre que los factores constantes que llevan a los hechos ilegales son el debilitamiento de los valores éticos, la justicia ineficiente y la falta de énfasis en su prevención y descubrimiento⁴.

En la mayor parte de los estudios empíricos sobre el fenómeno de la corrupción se trabaja, fundamentalmente, sobre el nivel subjetivo del mismo. Esto se debe, en parte a la dificultad de poder acceder a un nivel objetivo, dado el ocultamiento y el secreto con que se desarrollan estos hechos. O bien, porque cuando emergen a la luz merced a denuncias periodísticas o de un implicado de segundo nivel, los datos se escurren por los intersticios que les proveen las estructuras ligadas al poder. Entonces, lo que se mide es la percepción que las personas y organizaciones tienen de la existencia e incidencia de la corrupción, no la cuantía ni la profundidad de hechos ilícitos que se producen en un determinado espacio político geográfico. Como psicólogos sociales no nos interesa diferenciar ambos niveles, por cuanto la realidad psicosocial de un fenómeno se define sobre la base de la significación que las personas le atribuyen, en base a la cual construyen la representación social de los hechos que las afectan como comunidad. La corrupción, lo demuestran estos estudios y otros similares como los realizados por Transparency International⁵, o por el World Economic Forum⁶, es percibida por el ciudadano común y por los empresarios e inversionistas locales y extranjeros, como un problema instalado en las sociedades contemporáneas, pero frente al cual los niveles de impunidad e inmunidad imperantes, en algunos países, juegan un papel relevante a la hora de evaluar la extensión y la intensidad del fenómeno.

Estos estudios, permiten conocer el impacto subjetivo e intersubjetivo que tiene un fenómeno objetivo como la corrupción, que prospera en el desequilibrio del sistema sociocultural como una de las consecuencias de la

imposición de políticas neoliberales que polarizó claramente a la sociedad argentina en ricos y pobres (estos últimos, los llamados estructurales históricos, a los que se añade la extensa clase media, en su mayoría empobrecida). El síndrome fatalista, con sus expresiones de impotencia, desesperanza, descreimiento y desconfianza, son manifestaciones que se relacionan con las dimensiones de anomia psicológica descritas por Seeman (1959) como correlato subjetivo del estado de anomia de un sistema social incapaz de contener a sus miembros. Estas dimensiones representan sentimientos que experimentan las personas cuando se encuentran ubicadas en posiciones desventajosas para ejercer control sobre poderes reificados en el imaginario social. También refuerzan esos sentimientos la convicción que sólo a través de comportamientos desviados es posible lograr los objetivos promovidos socialmente por, entre otros, los medios de comunicación masiva. Se produce una ruptura de la cohesión social y de la moral, que las personas experimentan como una falta de adhesión a las normas y una carencia de sentido a todo intento personal o colectivo por modificar las situaciones (Marin, y otros, op. cit.).

Por esto, todo intento de combatir las prácticas corruptas debería contemplar una transformación sociocultural en la que la sociedad modifique esta actitud fatalista que impregna la representación del fenómeno *naturalizado* bajo la creencia rectora de su inevitabilidad. Es necesaria la recuperación del protagonismo, de los espacios de libre expresión pero, fundamentalmente, de nuestra conciencia histórica. Una conciencia que nos devuelva el compromiso con el país, con la región, mas allá de los gobiernos que no siempre facilitan poder ejercer el control de los organismos y funcionarios públicos por parte de la ciudadanía. En este sentido, resulta significativo el papel que ha asumido actualmente la prensa libre como fuerza movilizadora de la investigación de hechos de corrupción que ha permitido poner en marcha los mecanismos de la justicia, siendo en este momento uno de los pocos espacios públicos creíbles, a pesar de los excesos que se cometen cuando los distintos medios se disputan la primicia. “Los medios nos roban el alma”, ha dicho la escritora María Elena Walsh, en un artículo del diario Clarín, donde analiza el acoso intolerable en que se ven envueltos protagonistas y periodistas que trabajan bajo presiones y agresiones, en este afán por conseguir la mejor historia o de crearla a partir de la caza de algunas imágenes⁷. Un fenómeno a analizar en el contexto de nuestra cultura de fin de siglo, por la importante incidencia que tiene en la construcción de la realidad cotidiana; en este lugar sólo lo menciono, como la otra cara de la imagen de credibilidad que los medios presentan en la lucha contra la corrupción. Debo añadir que los medios han levantado esta bandera de lucha,

en virtud de que no se les escapa que la corrupción es uno de los elementos que transitan con mayor significación por el imaginario social argentino contemporáneo

Cuando expreso mi interés por las consecuencias psicosociales de la corrupción, no lo planteo en el sentido lineal de causa–efecto. Por el contrario creo que existe una relación dialéctica entre lo que se viene analizando como consecuencias, en términos de la resonancia subjetiva, y la acción facilitadora que estas dimensiones anómicas ejercen en la extensión de las prácticas corruptas, en lo que Aldo Isuni (1996) analiza como disposición transgresora en la sociedad argentina. Tema sobre el que volveré a insistir más adelante.

Otro aspecto, que mencioné anteriormente, y que deseo retomar en este análisis, se relaciona con los cambios estructurales bruscos –de tipo político, económico y social– a los que se ha visto sometida la población, con la instrumentación de políticas de ajuste económico, producto de la globalización de un modelo neoliberal, de la que los poderes económicos internacionales hacen participar casi compulsivamente a cualquier Estado que sea deudor de la deuda externa.

Al respecto resultan relevantes las reflexiones de Pierre Bourdieu (1998) cuando critica el discurso neoliberal, como teoría, a la que define como desocializada y deshistorizada y, como práctica a la que le adjudica la destrucción sistemática de los vínculos humanos y de los lazos colectivos. La nación, los grupos de trabajo y los grupos de defensa de los derechos de los trabajadores, la familia misma, aún sometida a las presiones cotidianas que la impulsan al consumo conspicuo, son lazos que pueden obstaculizar la lógica del mercado sistematizada en un programa político., “*El programa neoliberal (...) tiende globalmente a favorecer la ruptura entre la economía y las realidades sociales*”⁸. En estas palabras, pienso que Bourdieu sintetiza la esencia de su crítica al sistema. El sociólogo francés centra su esperanza en los sujetos colectivos, expectativa que comparto, pero precisamente son los sujetos colectivos, al igual que los individuos, los que se encuentran desesperanzados y desmovilizados, frente a todo lo que esté más allá de lo próximo o inmediato.

Bourdieu concede un lugar especial a los Estados, tanto nacionales como supranacionales, para contrarrestar la acción destructiva de los globalizados mercados financieros. Sin embargo, actualmente resulta difícil diferenciar, al menos en los países sometidos a las directivas de los centros financieros internacionales, al Estado del propio gobierno. Mal puede actuar como controlador y antídoto de esa acción destructiva de las estructuras y redes sociales, un Estado mimetizado en su organización y fundamen-

tación política y jurídica, con “... *la destructiva utopía de un mercado perfecto*”, en palabras de Bourdieu. Un Estado que se ha “alejado” de su función, que además, es permeable a dejarse penetrar por acciones corruptas que corroen las estructuras y las relaciones funcionales entre las mismas. El Estado argentino, perdió su capacidad regulatoria y su función de garante en el cumplimiento de las leyes, dejando a la población en una posición de indefensión frente a las agresiones permanentes, que derivan de la aplicación de políticas deshumanizadas. Lo que agrava situación descrita tiene que ver con la fragmentación social que caracteriza a la Argentina, como una expresión más de la debilidad con que hemos interiorizado el concepto de Nación. En este punto voy a tomar algunas ideas de Isuani, en su análisis de la anomia social, que me permiten complementar y enriquecer las observaciones del fenómeno que me ocupa.

Nuestra representación de la Nación Argentina ha sido construida sobre la base de una historia de desencuentros, de enfrentamientos de intereses sectoriales, de instituciones atomizadas, de desprecio por las diferencias y de lo autóctono, de soberbias que nos aislaron de nuestros vecinos latinoamericanos y distorsionaron nuestra identidad mirando hacia Europa. Ello no nos ha permitido desarrollar un sentimiento de pertenencia nacional ni una posición clara hacia adentro ni hacia fuera del país. También los partidos políticos tienen su cuota de responsabilidad en esta fragmentación de la sociedad, ya que los mismos, no supieron generar colectivos fuertes de presión y de poder, capaces de articular intereses comunes en proyectos hegemónicos duraderos (Isuani, op. cit.).

Esta fragmentación social que debilita nuestra identidad nacional, se acentúa aún más en la actualidad, cuando se produce a nivel mundial el desvanecimiento de dos ejes fundamentales de las sociedades occidentales modernas, que dan sustento a la construcción de nuestra identidad social, en la medida que el Estado-Nación y el trabajo asalariado nos identifican como ciudadanos y como trabajadores respectivamente.

En la Argentina actual, hasta la justicia como institución ha caído en el descrédito y, amplios sectores de la población, manifiestan su desconfianza en los procedimientos y decisiones judiciales. No sólo hay jueces corruptos, algunos de los cuales han terminado presos luego que la prensa los denunciara y presionara públicamente, sino que la vida institucional del país está teñida por los llamados *jueces del poder*, los cuales son adictos o complacientes con la voluntad del gobierno, ya que fueron instalados en la magistratura por aquél.

Un Estado que abandona su función regulatoria y de protección de los derechos esenciales de las personas, que modifica sus estructuras para adecuarlas a las demandas de un proyecto económico-político que estimula el individualismo y el descompromiso; una sociedad fragmentada socialmente, sin fuertes vínculos que reúna a sus miembros en torno a objetivos comunes, con instituciones atomizadas y permeables a todo tipo de transgresiones; una justicia dependiente que facilita la impunidad, son factores más que propicios para que prospere la corrupción.

“Una observación atenta de la vida cotidiana permite concluir que la sociedad argentina vive enfrentándose con transgresiones de diversa gravedad”, dice Isuani (op. cit), quien ilustra con el fenómeno de la corrupción vinculada a los funcionarios públicos, lo que parece tener una antigua presencia en la historia política y económica del país. Sin embargo, lo que resulta interesante en el análisis de Isuani, es el desarrollo de las ideas acerca de la disposición transgresora de los argentinos, como telón de fondo para comprender la expansión de la corrupción en los más diversos niveles de relaciones sociales. Transgresiones éstas que se reflejan en la violación u omisión en el cumplimiento de las leyes por parte de particulares que se mueven en el mundo de los negocios o en el de prestadores de servicios, en el campo alimentario, de salud, de transporte, etc. De modo que, en diversos sectores de la actividad social, se aumentan las ganancias de una minoría privilegiada a costa del bienestar y hasta de la vida de los otros que no gozan de privilegio alguno y solamente tienen obligaciones. Algunas adulteraciones de alimentos han llevado a la muerte a varias personas y, sin embargo, sus responsables no han merecido una severa sanción penal, como así tampoco social, pues estos hechos, luego de pasado un tiempo, caen en el olvido.

En el plano de las costumbres cotidianas, también es posible observar comportamientos transgresores que, por lo menos, reflejan una falta de consideración hacia el prójimo, aunque –en el fondo– transmiten la falta de solidaridad, de integración social, de cultura comunitaria, de desprecio por lo público y lo privado que no sea lo propio. Así la mayor parte de las veces el perjuicio recae sobre el público consumidor de bienes y servicios, pero también este público suele ser parte activa de las mismas transgresiones que benefician su interés. Una de ellas, ligada a nuestro quehacer intelectual, es la práctica habitual de fotocopiar libros, violando abiertamente disposiciones legales y perjudicando a las editoriales que ven peligrar su existencia, lo cual conlleva que los autores no cobren sus derechos y se pone en juego la estabilidad y continuidad de una industria argentina que fue pionera en Hispanoamérica hasta mediados del Siglo XX. Otro ejemplo es forzar un

teléfono público para que funcione sin la correspondiente tarjeta o moneda, lo cual facilita una llamada gratuita; o bien cambiar la etiqueta a un producto en una tienda para que nos cueste más barata. Como se puede deducir, la lista de transgresiones es interminable⁹.

La escasa sensibilidad de la cultura argentina a sancionar la transgresión de las normas legales y de las costumbres de solidaridad inspirada en valores básicos, es lo que le permite a Isuani diagnosticar una situación de anomia en la sociedad argentina, con efectos devastadores sobre las relaciones sociales, enmarcando su análisis en las ideas del célebre sociólogo E. Durkheim, cuyo pensamiento no puede obviarse cuando se trata este tema.

También Sánchez Moreno (1997), refiriéndose a los efectos psicosociológicos de la corrupción, se remite a Durkheim y toma en primer lugar la pérdida de la solidaridad social. Para ello analiza la anomia y el egoísmo como estados colectivos en los que entran en crisis los lazos de unión entre el individuo y la sociedad. Sobre la base de estos mecanismos analiza la corrupción instalada en el ámbito público, en las actuaciones políticas de personas que han roto los lazos de solidaridad social y cuyas acciones, que deberían atender al interés común, se orientan a satisfacer motivaciones privadas. *“Es esta victoria, en el ámbito de lo público, de lo individual sobre lo general, lo que supone un peligro para la cohesión social: se trata de una traslación de las formas típicas de actuación, del ámbito de lo privado al ámbito de lo público”*.

El egoísmo, en el pensamiento durkheimniano, es *“... una individuación excesiva del sujeto con respecto a la colectividad”*, recuerda Sánchez Moreno; se rompen los lazos con los valores y expectativas comunes a la sociedad. La anomia supone abandonar el respeto por las normas legales, una ruptura de la conciencia colectiva que debilita la solidaridad mecánica, pero también una ruptura de las normas que regulan las relaciones sociales, las que adquieren márgenes excesivos de autonomía en pos del interés egoísta, afectando la expresión de la solidaridad orgánica.

Para Durkheim, la anomia, se produce cuando los individuos no encuentran expectativas de comportamiento adecuadas a los cambios bruscos y rápidos, por lo tanto pierden el límite de lo esperable (Durkheim, 1893:1973). En aquella época, como en la actual, los cambios súbitos son fundamentalmente de orden económico financiero y los individuos son expuestos crudamente a un nuevo orden para el cual no tienen un repertorio de respuestas adecuado con el cual reaccionar. La falta de regulación por parte del Estado de las relaciones laborales y del mercado; la indefensión del individuo ante las exageradas y no siempre posibles de satisfacer de-

mandas de la sociedad de consumo; la progresiva exclusión de amplios sectores de la población del mercado laboral y de la participación social y política, son hoy, importantes fuentes de anomia. Frente a ello, la corrupción es una forma de acceder rápidamente a los objetivos, al estilo del innovador en la tipología descrita por Merton, para aquéllos que se encuentran ubicados en lugares privilegiados de posibilidad y oportunidad, ya que son las mismas estructuras del sistema las que proveen inmunidad e impunidad.

Recordemos que para Merton la innovación es aquella conducta divergente que se refiere “... *al rechazo de las prácticas institucionales pero conservando las metas culturales*” y que permite describir funcionalmente el delito de cuello blanco que –obviamente– es el que más influencia tiene en el tema de la corrupción. En tal sentido “... *así como es importante identificar las fuentes de diferentes grados de anomia en diferentes sectores de la sociedad, así es oportuno examinar diferentes adaptaciones a la anomia y las fuerzas que actúan a favor de un tipo de adaptación y no de otro*” (Merton, 1938:64). Cuando esta conducta desviada, actos corruptos en este caso, aumenta su frecuencia y “tiene buen éxito”, tiende a disminuir y, potencialmente, a eliminar la legitimidad de las normas institucionales para los demás individuos del sistema (ibid).

El éxito monetario, como un valor fundamental de aquella sociedad norteamericana en que prosperó la teoría de la anomia descrita por Merton, es también un valor fundamental en esta sociedad argentina de fin de siglo, que por fin para satisfacción de algunos y el padecimiento de muchos, se subió al carro del “capitalismo salvaje”, utilizando una expresión común.

Al respecto, Merton rescata como oportuna la observación de Max Weber en el sentido que el impulso hacia la adquisición existe y existió siempre, que no tiene en sí mismo que ver con el capitalismo, “... *fue común a toda clase de hombres en todos los tiempos y en todos los países de la tierra, dondequiera que existió su posibilidad objetiva*” (op. cit. p. 175). En la sociedad norteamericana, la expectativa de éxito económico está socialmente definida y es promovida culturalmente, como lo observa el mismo Merton. El capitalismo no es sólo una forma de organización económica y de reglas de mercado, sino también una ideología que exalta valores–metas, deseables para todos y, sin embargo, sólo alcanzados por unos pocos. Pero parece ser que las aspiraciones de algunos no tienen límites y es aquí donde prosperan las motivaciones desviadas. Para poder ser partícipe de los grandes hechos de corrupción es condición necesaria encontrarse vinculados a las estructuras de poder político, y ocupar una posición estratégica en los niveles de decisión en el momento adecuado. De esa forma las habilidades

y conocimientos que se recibieron en una formación profesional, por ejemplo, economistas, administradores, contables, abogados, etc., son puestos al servicio de hechos ilícitos, en una clara transferencia de aprendizajes lícitos a la comisión de hechos desviados o claramente delictivos.

Es más probable que la oportunidad de realizar actos de corrupción la tengan quienes se encuentran cobijados bajo las alas del poder o gozan de la inmunidad que brindan las estructuras públicas, cuando se han debilitado los controles de una sociedad desesperanzada y fragmentada. Una sociedad que asiste, por momentos, insensible al enriquecimiento desmedido de algunos con un fuerte exhibicionismo de sus riquezas, mientras que la mayoría se debate en la lucha cotidiana por la supervivencia o por encontrar la forma de *acomodarse a los nuevos tiempos*, en un *sálvese quien pueda* es, sin dudas, una sociedad condenada. Quizá, como dice Isuani, todo ello prospera en un trasfondo cultural que es tolerante a la transgresión, pero difícilmente podrá avanzarse hacia la recuperación de los espacios de solidaridad y cooperación en la defensa del interés común, si la elite política no abandona sus ambiciones desmedidas que legitiman aún más el modelo de sociedad que se pretende presentar como la única alternativa posible desde los grandes centros de poder económico-financiero del Nuevo Orden Internacional.

Un sentimiento de falta de control como base de la impotencia política, se ha instalado en la sociedad argentina, frente a esta práctica oscura que prospera en el secretismo de acciones que deberían ser públicas dado que involucran el interés general, pero que, sin embargo, forman parte del proceder idiosincrático y privado, de quienes detentan o administran el poder con criterios autoritarios e ignorando los mandatos del soberano al que se han comprometido a respetar.

Consecuencias objetivas y subjetivas

Una sociedad es una red de expectativas recíprocas y compartidas, al menos en aquellas cuestiones esenciales que nos permiten mantener nuestra identidad y pertenencia. Toda sociedad alimenta su integración en la fe pública, en esa confianza de que cada uno de sus miembros hará, desde la función que le haya tocado desempeñar, aquello que los demás esperan que realice.

Cuando esto no es así, cuando durante largos períodos de tiempo, que van más allá de las condiciones histórico políticas y de las particularidades de los gobiernos, la administración de la cosa pública se ve teñida por la discrecionalidad, arbitrariedad y ambiciones personales, sobreviene una crisis de confianza, de credibilidad hacia los políticos, los legisladores, los

sindicalistas, los magistrados y los dirigentes de niveles intermedios en general.

De modo que la corrupción tiene un efecto devastador a todos los niveles en el ámbito social. En el nivel objetivo se liga al imperio de la pobreza, a la agudización de las desigualdades, a la polarización socio-económica y la disminución general de la calidad de vida de la mayoría de los habitantes, por cuanto se desvían ilegalmente importantes sumas de recursos que deberían cubrir políticas sociales, para las cuales siempre se dice –desde el hipócrita discurso oficial– que no existen fuentes adecuadas para el financiamiento de las mismas.

En el nivel subjetivo, como vimos, se generaliza un sentimiento de impotencia, indiferencia y descreimiento hacia los líderes de la comunidad, así como la convicción interna que las condiciones imperantes favorecen al deshonesto y no al que trabaja.

Mecanismos psicosociales

La permanencia en el tiempo de tal situación de desamparo y de desconfianza, conduce a la búsqueda de distintos mecanismos psicosociales, que permiten a los individuos defenderse de una realidad que les es hostil en lo cotidiano y que les niega la posibilidad de pensar en un futuro que vaya más allá del aquí y ahora. Estos mecanismos, caracterizan a importantes y masivos sectores de la población y si bien la adopción de uno u otro, o la combinación de varios, dependen de la particular historia en que se construye la subjetividad de cada individuo, son instituciones, grupos, sectores de la comunidad los que legitiman estos mecanismos a partir de argumentos ideacionales que justifican sus prácticas.

Uno de ellos es el distanciamiento de las personas con respecto a los asuntos públicos. Se refleja en un descompromiso político que reduce la participación a la mera emisión del voto –y porque en nuestro país es obligatorio– pero luego se produce una especie de separación entre las personas y todo lo que tenga que ver con la práctica política. Si bien no es esta la oportunidad de analizarlo, no puedo obviar el hecho que una sociedad descomprometida políticamente, facilita la implantación de políticas conservadoras. De ahí que desde el sistema se desaliente todo intento de participación colectiva, a la vez que los modelos corruptos a nivel de estructuras, procedimientos y personas, desalientan por sí mismos el interés de los ciudadanos por los asuntos públicos.

La exaltación del individualismo conduce al refugio en los grupos primarios, como la familia, los amigos, atendiendo sólo a las necesidades in-

mediatas al interior de estos grupos. Otros buscan asilo en las *nuevas religiones*, que brindan una cohesión comunitaria y redes de apoyo que permiten compensar en lo espiritual lo que les es negado en lo material.

También dentro de este panorama, no pueden faltar los *resentidos*, que sobrellevan la frustración de no tener la habilidad o la oportunidad de ser corruptos como forma de mejorar sus condiciones de vida, alguien los llamó *la reserva inmoral de la sociedad*. Predomina en ellos un sentimiento de falta de sentido en relación a todo lo que emprenden, por que están convencidos que no es trabajando como lograrán acercarse al modelo de logro personal que promueve la cultura de fin de siglo.

Otra forma que tienen los individuos de defenderse de esta realidad ominosa, es dar a la cotidianidad un sentido de presentismo, aislada del pasado y del futuro. Las acciones se orientan, cuando es posible, hacia situaciones placenteras del momento, como los jóvenes, que prolongan su dependencia adolescente con su familia o bien se anestesian con alcohol o drogas, en una especie de retraimiento y evasión de aquellas situaciones que los afligen y para la que no encuentran salida.

Romper con la ideología que nos lleva al quietismo como sociedad entregada fatalmente a su destino, convencida de que los argumentos políticos que pretenden legitimar tal estado de cosas son verdaderos, es una puerta de salida que en algún momento debemos abrir. La historia demuestra que las sociedades tienen un límite de tolerancia y Argentina, como sociedad debe recomponer sus fuerzas éticas para tocar ese límite y recuperar el control de sus instituciones y gobernantes. Los ciudadanos solidarios¹⁰ son los principales garantes del cumplimiento de las leyes, del acción de la justicia y de los gobiernos, por lo que el gran desafío que tenemos como sociedad es afrontar la corrupción, pues de lo contrario, si continúa extendiéndose y penetrando al interior de las estructuras y de las relaciones, nos conducirá irremediamente a la desintegración social.

Notas

- 1.- El informe completo de este estudio y un primer análisis fue publicado bajo el nombre *Psicosociología de la corrupción desde la Psicología Política* en Rodríguez Kauth (1992)
- 2.-El fundamento de este recurso metodológico puede consultarse en Marin, L., Rodríguez Kauth, A. y Ottaviano, L. (1993). Se analizan los resultados de una experiencia piloto en la que se observa la conveniencia de utilizar instrumentos que indaguen metaperceptualmente fenómenos frente a los cuales a las personas les resulta difícil expresar directamente sus ideas y sentimientos.
- 3.- Para un análisis de la relación dialéctica corrupto/corruptor, puede verse Rodríguez Kauth (1987).

- 4.- Diario La Nación. Sección 2. Buenos Aires, 8-11-1998.
- 5.- Extraído de los comentarios de Graciela Iglesias en Diario La Nación. Buenos Aires, 5-6-1996.
- 6.- Diario Página 12. Buenos Aires, 22-7-1998.
- 7.- María Elena Walsh en Diario Clarín. Opinión. "Los medios nos quitan el alma". Buenos Aires, 25-08-1998.
- 8.- Bourdieu, Pierre (1998) Texto que originó su último libro *Contrefeux*. De. *Liber-Raisons d'agir*, París, 1998.
- 9.- También González Fraga en el Capítulo V del libro de Grondona (1993), analiza el trabajo y la corrupción cotidiana entre los argentinos. "Carecemos de una cultura anticorrupción en lo cotidiano, "la viveza criolla" nos lleva a buscar siempre la ventaja sobre el vecino y a atropellar sus derechos".
- 10.- La solidaridad entendida como una red de relaciones interpersonales en las que se impone un respeto y un reconocimiento del otro en sus derechos y obligaciones, la unión en actividades comunes en torno al interés colectivo.

Referencias

- Bourdieu,P.(1998): La esencia del neoliberalismo. Buenos Aires: *Trespuntos*. (2-9-98).
Durkheim,E.(1966): *El Suicidio*. Editorial Schapire, Buenos Aires.
Durkheim,E.(1973): *De la división del trabajo social*. Buenos Aires: Schapire.
Grondona,M.(1993): *La corrupción*. Buenos Aires: Planeta
Isuani,E.(1996): Anomia social y anemia estatal. Sobre integración social en Argentina. *Revista Sociedad* de la Facultad de C.S.de la U.N. de Buenos Aires, N° 10.
Marin,L. y otros (1993): Aporte metodológico al conocimiento de la alienación psicosocial. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, Vol. 39, N° 3.
Merton,R.(1964): *Teoría y Estructura sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
Montero,M.(1984): *Ideología, Alienación e Identidad Nacional*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca.
Rodríguez Kauth,A.(1987): Interpretación psicosocial de la corrupción política a partir de la práctica amoralizadora. *Archivos Brasileiros de Psicología*, Vol. 39, N° 4.
Rodríguez Kauth,A. y otros (1992): Psicosociología de la corrupción desde la Psicología Política. Cap. XI en *Psicología social, Psicología política y Derechos Humanos*. Editorial Universitaria San Luis y Editorial Topía, Argentina.
Sánchez Moreno,E.(1998): Consecuencias Psicosociales de la corrupción". *Revista IDEA de la Facultad de Ciencias Humanas*, San Luis Año 11, N° 24.
Seeman,M.(1959): On the Meaning of Alienation. *Am. Sociological Review*, N° 24.

Olga Leticia Marin es Profesora Asociada de Psicología Social. Forma parte del Proyecto de Investigación *Psicología Política*. Departamento de Psicología. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de San Luis. Avda. Ejército de los Andes 950 5700. San Luis. Argentina.
Correo: olmarin@unsl.edu.ar.